



## SALUDO A LOS MIEMBROS DE LA CONFER NACIONAL EN LAS JORNADAS DE FORMACIÓN

Madrid, 13 de noviembre 2017

Un saludo cordial a su Excelencia, el Sr. Nuncio, y a los miembros de la mesa de todos conocidos. También a cada uno de los miembros de las congregaciones y asamblearios de esta XIV Asamblea de CONFER nacional.

Coinciden en estos mismos días dos jornadas de trabajo: la de CONFER nacional y la de los Delegados de las distintas diócesis de España para la Vida consagrada. Por ello, un servidor y los obispos de la Comisión estamos un poco con el corazón partido. Os ruego que entendáis que no podamos estar en ambas asambleas. Mañana nos celebraré con vosotros la Eucaristía.

Quisiera decirnos tres palabras. La primera: “*Felicidades*”. Somos y sois unos mimados del Señor. Podemos preguntarnos cuánta gente está desempeñando un trabajo laboral que no es el suyo vocacional. Muchas personas trabajan obligatoriamente, para poder ganar el sustento para sí y para los suyos, en unos campos que no siempre corresponden a su vocación.

Sin embargo, a nosotros, las personas de especial consagración, llamados por Dios, porque es vocación suya, es llamada suya, nos ha regalado esta vocación y nos ha permitido que dediquemos nuestra vida a lo que Él quiere. Con lo cual, ¡felicidades!

Esto es bueno que lo transmitamos, es fuente de alegría y de satisfacción. Conviene que nos vean, de cara a la pastoral vocacional, contentos, satisfechos, en plena sintonía con el trabajo que hacemos.

La segunda palabra es “*Gracias*”. Vuestra presencia es importantísima en la Iglesia. Sois hijos de vuestros fundadores y encarnáis hoy el carisma fundacional que, en su momento, el Espíritu suscitó en la Iglesia a través de vuestros fundadores. Toda fundación y todo carisma es un don del Espíritu a su Iglesia. Y perpetuar un carisma o una gracia es enriquecer a la Iglesia. Quiero agradeceros, sobre todo, vuestra presencia. Suelo recordar a los fieles y a los consagrados que vuestra presencia es un enriquecimiento para la Iglesia; no tanto por el trabajo que hacéis, que es muy importante, sino por la simple presencia. Porque es una presencia espiritual, gratuita, un don de Cristo. Eso hemos de reconocerlo así y dar gracias a Dios, al tiempo que os damos gracias a vosotros, que asumís y encarnáis el carisma en el momento actual, aportándolo a cada Iglesia particular.

El Concilio Vaticano II remarca que la Iglesia universal no existe como una entelequia; la Iglesia se hace presente y subsiste en las iglesias particulares (cf. *Lumen gentium*, 23). Esto es muy importante. La Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal publicó, en el año 2013, el documento titulado «*Iglesia particular y vida consagrada*», que conviene releer para ayudarnos mutuamente a vivir con gozo vuestra presencia en la iglesia diocesana, dando gracias al Señor por la riqueza que vosotros aportáis. Muchas gracias por los que sois. ¡Seguid siendo fieles al carisma que vuestros fundadores os transmitieron!

Y la tercera palabra es: “*Ánimo*”. Son tiempos recios los nuestros, como decía santa Teresa. Aunque en realidad todos los tiempos son recios todos, cuando uno los vive le parecen más recios todavía. Estamos viviendo un desierto vocacional en todas las formas de vida consagrada: sacerdotal, religiosa, monástica. La vida consagrada, sobre todo en España y Europa, pasa por un momento de desierto. Hemos de animarnos mutuamente. La tarea no es fácil, es complicada. Necesitamos el apoyo mutuo. Y, naturalmente, pedir obreros para la mies, como el Señor nos pide: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt 9, 28*). Necesitamos rezar, pero también aprovechar las estructuras, como pueden ser la CONFER nacional o las CONFER diocesanas, para que sean instrumentos eclesiales óptimos.



El lema que habéis elegido para esta Asamblea, como ha comentado ya el Sr. Nuncio, se refiere al pasaje evangélico de Lucas (cap. 24), en el que Jesús acompaña a los discípulos de Emaús. Me preocupa mucho, y cada día más, el discernimiento vocacional y el acompañamiento de los candidatos. Considero que esto es clave en este momento eclesial. En el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús Jesús acompaña un proceso de fe, que a su vez es un proceso vocacional.

En décadas pasadas quizás hemos trabajado todos en la Iglesia haciendo procesos de forma grupal: pastoral juvenil con grandes grupos, catequesis con muchos niños y jóvenes, encuentros y jornadas con mucha participación. Da la impresión que formamos en la fe de manera “grupal”, ofreciendo a todos el mismo ritmo y los mismos pasos; sería como una especie de «clonación», dicho con mucha delicadeza. En un colegio donde hay mil alumnos, se les va pasando de curso en curso a todos por igual; en las parroquias y movimientos tenemos grupos de jóvenes, más o menos numerosos, a quienes se les ofrece el mismo ritmo de formación en la fe, sin tener en cuenta la situación personal, ni el momento de su proceso individual.

Tenemos que pasar de ese sistema grupal al acompañamiento personal. Eso es lo que hace Jesús de Nazaret. Hace discernimiento, acompañando el proceso personal de fe de sus discípulos. El proceso vocacional nace después de la fe, no antes. Hemos de realizar acompañamientos de procesos personales de fe. Esto nos pide más energías, más tiempo que los procesos grupales; pero hoy estamos en esa fase de tener que dedicar más a los procesos personales de fe.

Por tanto, todos necesitamos ánimo. Ánimo para ir cambiando nuestra mente, nuestro esquema de trabajo, nuestro método, para ayudar a los fieles a que realmente den una respuesta personal al Señor. Y eso sólo se consigue acompañando personalmente.

En estas últimas décadas hemos dedicado poco tiempo al acompañamiento, empezando por los sacerdotes, sean seculares o religiosos. Antes se dedicaba mucho más tiempo a estar sentado en el confesionario, aunque no viniera mucha gente; pero el que llegaba encontraba al sacerdote esperándole. Siempre les digo a mis sacerdotes que no deben esperar en las sacristías a que les pidan la confesión. Me ocurre a mí mismo cuando voy a confesarme estando fuera de viaje, lejos del confesor habitual. Si uno entra en una parroquia y no veo a nadie en el confesionario, se va. Tener que entrar en la sacristía para preguntar si hay algún confesor que quiera confesarme es una barrera que ponemos.

Es muy importante dedicar horas a la acogida y al acompañamiento. Os animo a que lo vayamos trabajando cada vez más; no es que no lo hagáis, sino que insistimos en la importancia de este asunto.

Deseo que tengáis unas jornadas muy buenas, fecundas, gozosas, que dan un buen fruto. Ya sabéis que la Comisión episcopal para la Vida Consagrada está a vuestra disposición. Aquí está el obispo Luis Ángel de las Heras, muy vinculado a todos vosotros por su anterior cargo en CONFER; y los miembros de la Comisión estamos para lo que necesitéis; siempre, naturalmente, desde nuestra tarea. Somos obispos de diócesis concretas y pastores de la Iglesia. Desde ese pastoreo aquí estamos.

Muchas gracias y mis mejores deseos. Me uno a vuestra oración y a vuestro trabajo.

+ *Jesús Catalá*

Presidente de la Comisión episcopal para la Vida Consagrada